

---

**HISTORIADORES, CRONISTAS Y RELADORES DE  
INDIAS DE DOS SIGLOS (1493-1701)\***

**CONRADO GONZÁLEZ MEJÍA**

\*Conferencia dada en sesión solemne del 4 de octubre para acceder a la dignidad de Académico Numerario de la Academia Antioqueña de Historia.

A poco menos de mil quinientas jornadas que median de hoy hasta la fecha en que el mundo celebre el día más grande que vieron los siglos ni esperan ver los venideros después de la venida de Cristo, que partió en dos la historia de la humanidad y adunó todos los confines de la tierra, es apenas de lógica que los estudiosos de nuestro continente americano escrutemos y ahondemos en el abundoso minero que nos legaron quienes fueron testigos del portentoso acontecimiento y se dieron a la empresa descomunal de conquistar, domeñar y poblar los inmensurables territorios del hemisferio.

A fuer de buscador paciente que gusta adentrarse, así sea con escasa minerva, en los laberintos del pasado, me tracé el diseño de esbozar para este ilustre cenáculo, en forma cronológica y en el breve espacio que suele concederse a una disertación académica, somero ensayo didáctico sobre los libros, crónicas, relatos y documentos que salieron de las toscas o bien afiladas plumas de quienes se propusieron dejar a la posteridad testimonio de lo que vieron sus ojos o escucharon sus oídos. Paso tras paso, como lo aconseja la metodología, en sucesiva ilación temporal y onomástica, nos ocuparemos de las obras principales que han llegado hasta nosotros en el nebuloso camino que se abre en las agonías del siglo XV y culmina en la alborada del XVIII. Siendo exiguas las fuentes y pobre el decidor, así ha de ser el desempeño, por lo que pido indulgencia y mil perdones.

Hay que admitir, sin ambages, que el descubrimiento del nuevo mundo y las gestas heroicas que le siguieron contaron con quienes, bien o mal, y quizás sin pensar en lo que de ellos juzgarían las gentes del futuro o sin el señuelo de ser ensalzados algún día por galanuras de estilo o hábil manejo del idioma, nos proporcionaron noticias fidedignas de los hechos que irían ocurriendo para pasmo y admiración de los curiosos lectores, como nos place ahora revivirlos. De cuantos se dieron a la en veces incómoda tarea de escribir, testigos presenciales de los hechos, es humano pensar que no pocos lo harían acuciados por el justo acicate de dejar memoria de sus proezas, o movidos por afán de gloriola en el esquivo mundillo de las letras, o acaso para explicar a su modo y disculpar a su amaño las malas acciones, crímenes o fechorías en que se vieron envueltos. Otros mojarían sus gavilanes con el loable propósito de decir a quien leyere las maravillas de las tierras que irían descubriendo, la majestad de sus montes, ríos, volcanes y nevados, las gentes pobladoras, el sortilegio de la fauna y la flora, las lenguas extrañas e inabordables, los modos de vivir, las costumbres, los dioses y los ritos, todo lo cual sería para ellos puerta ancha para ganar fama y nombradía en los tiempos por venir. Y buen número de hombres de letras, que acudieron al arrume

de informaciones que les irían llegando esporádicamente de ultramar en forma de relaciones de los mismos conquistadores, y con tal suma de materiales labraron joyas invaluable del arte literario.

En el dicho orden de juicios concluimos que en el nutrido elenco de estos escritores cabe hablar de historiadores como Pizarro, Cieza de León, Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés; historiadores generales como López de Gómara, Antonio de Herrera, fray Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo; historiadores particulares como fray Antonio de la Calancha, fray Pedro de Aguado, fray Diego de Landa; anticuarios como fray Bernardino de Sahagún, y naturalistas como el jesuita José Acosta. No pasemos por alto el hecho de que un buen porqué de ellos son extranjeros indígenas como Hernando Alvarado, Garcilaso de la Vega, Poma de Ayala, Fernando de Alva y Lucas Fernández de Piedrahíta.

Digamos con Lehman Villena\*, antes de entrar en materia, algo que juzgo de interés para evaluar como se debe y enmarcar justamente en su plano a cada uno de los que se ocuparon en historiar el nuevo mundo, que la sorpresa que una civilización inédita a los ojos de los españoles produjo en el ánimo de aquellos remotos escritores debió ser tan profunda que al compás de los sucesos hubieron de ensayar una nueva concepción de los relatos informativos, difiriendo del molde tradicional de este género. Las primeras crónicas, esquemáticas, torpes y tartajosas en su lenguaje, de escasísimo valor estético, son puramente descriptivas. Mena, Jerez, Estete, Pedro Pizarro, Sancho, Trujillo, ... solo atinan a balbucir en sus páginas la impresión del asombro que ante la opulencia y grandeza del imperio debió sobrecoger los ánimos timoratos de humildes villanos salidos de algún rincón extremeño, andaluz, gallego o castellano.

Sobrecogidos por este elemento externo y con la sensación de una inmensa superioridad al considerar cómo todo un estado se desmoronaba ante un grupo minúsculo de invasores, no perciben el alma de los vencidos. Ante un tema que se brinda en copa de oro para la epopeya ninguno de ellos posee el aliento poético indispensable para ejercitar su pluma en cantar, verbigracia, la conquista de Méjico o del Perú. Más tarde, acallado ya el estruendo bélico de las luchas contra los indios, unos hombres, tan oscuros como aquellos cronistas, pero con una curiosidad más aguzada, se aplican a indagar las leyes y consejas indígenas, a conocer los usos y costumbres de los nativos... Cieza, Oviedo y tantos otros se acercan afables a los desposeídos para captar sus expresiones idiomáticas y sus creencias y ritos litúrgicos a fin de hallar el camino de incorporarlos a la cultura occidental y

---

\* Lohman Villena, G. "Historia general de las literaturas hispánicas". T. III Editorial Barna.

católica.

Sino afortunado para las letras universales y para la historia fue, a no dudarlo, que el descubridor a otras manos no encomendara que a las suyas el encargo de dar al humano linaje la sobrecogedora nueva del encuentro del nuevo mundo. Y a fe que no hubo dilación alguna ni tardanza, pues a cuatro meses y tres días apenas de la magna fecha del 12 de octubre de 1492 ocurre el notable suceso de la CARTA DE COLON, primer impreso y llave de oro que abre las puertas del glorioso destino del hemisferio. En poco más de tres llanas de cuarenta y siete renglones cada una de las primeras y de trece la última da razón a los soberanos de "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió...", como sin eufemismos lo señala López de Gómara\*. Comienza el mensaje de esta manera: "Señor, porque sé que habréis placer de la grande victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje, vos escribo esta, por la cual sabréis cómo en 33 días pasé a las Indias, con la armada que los Ilustrísimos Rey e Reina nuestros señores me dieron donde yo fallé muy muchas Islas pobladas con gente sin número, y de ellas todas he tomado posesión por sus altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho". Y así concluye:

"...adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas, y dar gracias solemnes a la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, en tornándose tantos pueblos a nuestra Santa Fe, y después por los bienes temporales que no solamente a la España, mas a todos los cristianos tendrán aquí refrigerio y ganancia. Esto según el fecho así en breve". Y lo fecha en la carabela sobre la isla de Canaria a 15 días de febrero del año 1493.

*López de Gómara, Francisco. "Historia general de las Indias y Conquista de México". Zaragoza, 1553.*

Corrieron de allí algunos días de recios temporales y el 4 de marzo, amainadas las tormentas, pudieron los navegantes acogerse al puerto de Lisboa, donde Colón "acordó escribir a sus altezas", no sin antes señalar que "dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hubo tan mal invierno ni tantas pérdidas de naves". Tal es la postdata de la inmortal epístola que tengo a vistas en reproducción del texto original español\*, impreso en Barcelona por Pedro Posa, transcrito y reconstruido con notas críticas y comentarios por don Carlos Sanz en Gráficas Yagües, S.L. de Madrid

en 1961.

La primera constancia de la Carta de Colón se encuentra en el Libro de las Actas Capitulares del Cabildo de la ciudad de Córdoba, donde se apunta, con fecha 22 de marzo de 1493, la llegada al Concejo del mensaje del Almirante, y se acuerda "vestir al mensajero y darle mil maravedís para el camino". El 30 del mismo mes los Reyes Católicos se refieren a las letras que habían recibido de Colón, a quien le dan trato de "Nuestro Almirante del mar Océano, é visorey é gobernador de las Islas que se han descubierto en las Indias" y le piden vaya pronto a Barcelona donde estaban por esos días y se dé a los preparativos de la segunda expedición.

En 1862 apareció la segunda edición en español sobre la que había estampada en Valladolid en 1497 en los talleres de Pedro Giraldi y Miguel de Planes. El original reposa en la New York Public Library, y es tenido por los bibliófilos como invaluable tesoro y como el documento impreso que, después de las Sagradas Escrituras, ha influido más en la historia del mundo. A contadas semanas de aparecido el trascendental informe, el Papa Alejandro VI expidió, el 3 y el 4 de mayo, las Bulas de Concesión y Demarcación, en virtud de las cuales el romano pontífice otorgaba a España los beneficios de su reconocimiento y beneplácito, -glosa el crítico y comentarista don Carlos Sanz. Importa saber que en la Carta de Colón, que fue traducida de inmediato al latín, al italiano y al alemán, es donde se menciona por primera vez en su nueva acepción la palabra 'Indias', por la cual entendían los antiguos una dilatada región del mundo que comprendía gran parte del suroeste de Asia y las islas adyacentes.

*Colón, Cristóbal. "Carta de Colón". Barcelona, Pedro Posa, 1493. Transcrito por don Carlos Sanz. Gráficas Yagües, S.L. Madrid, 1961.*

Emprendamos, ahora sí, el largo recorrido de la misma buena mano de don Cristóbal el descubridor, que en 1504, dos años antes de morir, ya enfermo y acabado en su retiro de Valladolid, acabó de escribir sus VIAJES, que hoy se conocen incompletos, pero, aun así, son valiosísimos aportes a la bibliografía sobre el magno acontecimiento. Buen acervo de estos filones se debe a fray Bartolomé de las Casas, y en su grata compañía revivimos los trabajos y peripecias de la primera navegación de siete meses y medio desde la salida de Palos hasta el regreso a la península.

Este claro varón, "severo, rojo, de pecoso gesto, alto de cuerpo, pero bien compuesto en

cuantas proporciones poseía", como lo pinta don Juan de Castellanos en su tercera elegía, y "cuyos loores serán celebrados por infinitos siglos", para pregonarlo por boca de Antonio de Herrera, fue donoso escritor y muy expresivo en su lenguaje, cuyas son estas muestras: "... la tierra y los puertos que yo, por voluntad de Dios, gané a España sudando sangre"; "si quiero comer o dormir, no tengo, salvo el mesón o taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote"; "ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma"; "yo vine a servir de 28 años y agora no tengo cabello que no sea cano", todas ellas tomadas de una carta al rey de España, o estas otras desgajadas de su DIARIO: "...la mar llana como un río y los aires mejores del mundo"; "el tiempo como abril en Andalucía"; "Nuestro Señor me ha hecho la mayor merced que, después de David, El haya hecho a nadie"... Todo lo cual invita a decir a don Marcelino Menéndez y Pelayo que es "espontánea elocuencia de un alma inculta a quien grandes cosas dictan grandes palabras".

Siquiera sean reales o fantásticas, en una relación o elenco de cronistas de Indias no parece estar de más traer a cuento las navegaciones en que dice haber tomado parte, el geógrafo florentino Américo Vespucio (1454-1512) por mandato y con auspicio de los reyes de España y Portugal. "Es posible, casi seguro, que este navegante no hizo viajes al Nuevo Mundo", nos dice don Enrique Uribe White. Pero está en contacto íntimo con marinos y pilotos que de allá regresan. Es amigo de Colón y ha tenido acceso a sus diarios de a bordo, trata con el cartógrafo Juan de la Cosa, y goza de la privanza de don Fernando. Y escribe cartas, muchas cartas a los grandes de Italia y Francia. El rey de España, a la muerte de Isabel, lo nombra piloto mayor del reino con facultades para recoger todo mapa que se trace de las nuevas regiones. Entre los años 1503 y 1507 salieron veinticuatro ediciones de sus Cartas y en la fecha dicha de último se publican las CUATRO NAVEGACIONES, dirigidas al "ilustrísimo Renato, rey de Jerusalén y de Sicilia, duque de Lorena y de Bar", que en edición facsimilar que estoy ojeando publicó la Biblioteca Nacional de Colombia en 1942 con ocasión de los actos conmemorativos del descubrimiento de América en el tercer sesquicentenario, y que ofrece al lector el texto latino de la edición de St.-Dié, de 1507, el texto italiano de la edición de Florencia, de 1506, la traducción española de don Martín Fernández de Navarrete y la versión inglesa de don Enrique Uribe White\*, quien en su condición de director del mencionado organismo escribió un sesudo prólogo. El folleto hace parte de la "Introducción a la Cosmografía", de Martín Waldseemüller, cosmógrafo alemán que en su obra propuso por vez primera dar el nombre de América a los

---

\* Vespucio, Américo. "Cuatro navegaciones" St.-Dié, Lorena, 1507. Traducción inglesa e introducción de Enrique Uribe White. Bibl. Nal., Bogotá, 1942.

territorios descubiertos. Nuestro ilustre polígrafo advierte que no existe un solo testigo ocular de los viajes de Vesputio; que el florentino se cuida de mencionar los nombres de los comandantes de las flotas en que dice haber navegado y es tal el enredo de fechas, sitios e itinerarios que da la impresión de que el embrollo es intencional. Waldseemüller se arrepintió de haber bautizado con nombre apócrifo el nuevo continente, y en mapa publicado en 1513 "borra con el codo lo que escribió con la mano seis años antes", cuando estaba todavía fresca la tumba del descubridor, cuyo claro nombre se dio luego a Colombia para resarcir en parte el horrendo pecado del usurpador.

A poco andar se nos deparan las DÉCADAS DEL NUEVO MUNDO, del también italiano de Lombardia Pietro Martire d'Anghiera (1459-1526). Cultísimo hombre de iglesia\*, cosmógrafo de nota, hizo de capellán de la reina Isabel de Castilla y, a fuer de cortesano muy acatado y mejor consejero, tuvo la fortuna de conocer a Colón y de tratarlo a espacio, de cuyos labios oyó pormenores y minucias del magno suceso del descubrimiento. En su calidad de consultor de la corona, fue testigo de los hechos políticos del reino, tales como la toma de Granada en 1492, y trabó amistad con Vasco de Gama, Américo Vesputio, Cortés y Magallanes. Importa saber que fue el primero en llamar a las tierras descubiertas con el nombre de Nuevo Mundo, sin sospechar que ellas eran parte de un continente distinto al de la India.

La primera Década vio la luz en Sevilla en 1511 a escondidas del autor, quien, ante el desafuero del usurpador, se dio a la tarea de imprimir en Alcalá las tres primeras en 1516. Tuvieron que pasar veinticuatro años contados del de su muerte para que la obra se publicara completa en la antedicha ciudad, donde el cardenal Cisneros había fundado por esas calendas la celeberrima Universidad Complutense. El notable libro de Pedro Mártir, tan elogiado en sus días que se tradujo a varias lenguas y se reeditó copiosamente, mereció en 1670 ser encuadernado con esmero en Amsterdam, puesto en español por don Joaquín Torres Asencio. Sobra decir que empleó el término y el método enunciados en su título a ejemplo de las que esculpió Tito Livio y de las que escribieron historiadores del prestigio de fray Antonio de Guevara y Juan de Barros.

Tres años adelante, en 1519, aparece la SUMA DE GEOGRAFÍA, que compusiera Martín Fernández de Enciso, fundador de Santa María de la Antigua, quien viajó a todo lo largo de la costa de lo que es hoy Colombia, y, como tal, allegó datos preciosos que de algo o mucho sirvieron a los futuros tratadistas de la apasionante materia.

---

\* Fue maestro de fray Luis de Granada.

Casi coetáneas suyas son las CARTAS DE RELACIÓN, comenzadas a escribir en 1519 por el conquistador de México Hernán Cortés\* (1485-1547), nacido en Medellín de Extremadura. A la par de glorioso militar brilló por su cultura y por la gallardía de su pluma para no desmentir ni pasar en vano que había cursado sus estudios en la universidad de Salamanca. Para decirlo con el catedrático Carlos Castro Alonso, "después del romano César es Cortés el primer general que relata la historia de sus propias campañas. Como aquél, combina las partes narrativas con las descriptivas e intercala discursos, cartas y frases que se atribuyen a algún personaje de los que aparecen en la relación". César escribe en tercera persona y Cortés en primera: quien procede como aquél tiene mayor libertad para juzgar e interpretar los hechos; para quien acude siempre a la primera la verdadera modestia es un obstáculo en el camino de presentar los actos propios, sean dignos de elogio o merecedores de vituperio. Literariamente se codean en lo sobrio y elegante de la expresión, ambos saben lo que quieren decir y no se detienen en vana palabrería ni en circunloquios relamidos que distraigan al lector.

Quien se desgarró de mozo de la casa paterna para buscar fortuna en América, como lo apunta Suárez en el "Sueño de la Masonería", alcanzó su objeto, pero no como quiera, sino subiendo a tal altura en punto de audacia y valentía, que quizá no lo supera ninguno de los héroes de la fábula o de la historia. Si alguien siente dudas lea la narración de sus hazañas, y especialmente la quema de los navíos, la prisión de Moctezuma, la noche triste y el cerco final de la capital de aquel imperio.

Cinco son las CARTAS de Hernán Cortés, la primera de las cuales nunca llegó a su destino. Por fortuna para los estudiosos, la pérdida del importante documento lo obligó a hacer en los prolegómenos un resumen de lo relatado en aquél. Suele incluirse en la obra, como para suplir lo señalado, la carta que el conquistador dirigiera a doña Juana y a su hijo Carlos V el 10 de julio de 1519. Publicada en 1522 por Cromberger, no tardó en ser traducida al latín, al alemán, al italiano y al francés.

Primer marqués del valle de Ouxaca."Hijo de padres nobles y de la ilustre familia de los Corteses, que en la Villa de Medellín y en otras villas del partido de la Serena está muy extendido y prolongado este ilustre y principal linage". Fray Francisco de Coria, 1608.

El 17 de diciembre de 1521 se firmó y rubricó el LIBRO DE LA NAO VICTORIA con el relato de las



amistades que hicieron sus tripulantes con los reyes de Moluco. Eran sus capitanes Gonzalo Gómez de Espinosa, Juan Sebastián de Elcano y el maestre Juan Bautista, gobernadores de la armada que envió el rey de Castilla al descubrimiento de la especiería, nombre genérico para todo lo referente al tráfico y comercio del gengibre, la nuez moscada, la pimienta, el sándalo y el clavo de girofle. El relator fue Martín Méndez. El Padre Alberto Lee López, O.F.M. lo transcribió en Bogotá para el libro "La Primera Vuelta al Mundo", de Mauricio Obregón, quien también lo publicó en facsímil. Son treinta y una páginas que reposan originales en el Archivo de Indias.

En 1522 salió de las prensas la RELACIÓN DEL PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO - Primo viaggio intorno al globo terracqueo -, del italiano Antonio Pigafetta, patricio vicentino y caballero de Rodas, en italiano la primera vez según un manuscrito de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, en lengua francesa según otros comentaristas. El autor había acompañado a Fernando de Magallanes en la descomunal empresa del prodigioso periplo de la tierra, de lo cual quedó como prenda invaluable el más completo documento de la colosal hazaña. Nos cuenta Pigafetta (1491-1534) cómo los atrevidos expedicionarios zarparon de Sevilla a bordo de cinco navíos el 10 de agosto de 1519. A más de las indecibles penalidades que le esperaban, vio Magallanes hundirse uno de sus buques y, después de sofocar un amotinamiento de los tripulantes, descubrió el estrecho que la posteridad bautizó con su nombre, dobló sus temibles escolleras, saltó al Pacífico el 28 de noviembre de 1520 y, tras de descubrir las islas Marianas y el archipiélago de las Filipinas, halló muerte alevé el 27 de abril de 1521 en la isla de Mactán a la breve edad de cuarenta y un años.

La nao expedicionaria "La Victoria", la única que no conoció el fondo del proceloso piélago, después de franquear el cabo de Buena Esperanza, prosiguió su viaje de regreso hasta tocar puerto español el 6 de septiembre de 1522: habían soltado amarras en Sanlúcar de Barrameda doscientos treinta y siete hombres. Después de haber recorrido catorce mil seiscientas leguas, traía a bordo y al mismo puerto dieciocho de los sesenta valientes que componían la tripulación al salir de las islas Moluco, entre ellos Pigafetta. El 9 de septiembre saltaron a tierra y, descalzos, en camisa y con un cirio en la mano fueron a la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y a la de Santa María de la Antigua, como lo habían prometido. El denodado marino dejó en su libro testimonio memorable del sobrehumano suceso, donde se muestra como hábil letrado, de cultura poco común, que revela peregrinas dotes de fino observador y enriquece la ciencia con sinnúmero de referencias y datos sobre la fauna y la flora de las regiones exploradas en los treinta y cuatro meses de la histórica circunnavegación. En Valladolid entregó el libro escrito a mano a Carlos V, en Italia sendas copias a

Don Felipe de Villers l'Isle-Adam, gran maestro de Rodas, y al Papa Clemente VII, que se lo solicitó en persona. Quien desee conocer como se debe la portentosa gesta del periplo de la tierra por mares nunca antes hollados pásmese con la lectura de la espléndida obra de Mauricio Obregón "La primera vuelta al mundo. Magallanes, Elcano y el libro perdido de la nao Victoria", de la Academia Colombiana de Historia, editado por Plaza y Janes en Bogotá, 1984. "Dos veces -dice el autor- he seguido el viaje de Magallanes y de Elcano al rededor del mundo: a remo, a vela, con motor, en avioneta y en avión". ¿Qué mayor autoridad?, digo yo a quien leyere.

Corren tres años y en 1525 sale de las prensas la primera historia de América, debida a la pluma de Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), quien llamó a su obra HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCÉANO. Mozo de cámara del príncipe don Juan, soldado a órdenes de don Fadrique, rey de Nápoles, secretario del Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba, veedor de las fundiciones de oro en el Darién, gobernador de Cartagena, cronista mayor de las Indias, amigo de Cristóbal Colón, Leonardo, Ticiano, Miguel Ángel y Sannazaro, grande administrador y político por los oficios y comisiones que desempeñó en América...son algunos de los atributos que le señala Amador de los Ríos en el estudio preliminar de la edición consagrada de su obra. Y añade que doce veces cruzó el océano en bien de sus soberanos, de su patria española y de la causa del mundo descubierto.

La obra monumental arriba enunciada, que editó en cuatro volúmenes, se compone de tres partes, la última de las cuales concluyó en forma definitiva en 1557. La primera trata de la empresa descubridora; la segunda de la conquista de Méjico; la tercera de la conquista del Perú y las demás tierras. Y el conjunto es, nos lo dice don Luciano Pulgar con indiscutible magisterio, un océano de noticias, bellezas y curiosidades que, cuando empezó a publicarse en vida de Oviedo, fue traducido a las lenguas "toscana, e francesa, e alemana, e latina, e griega, e turca, e arábica"; el más rico almacén de especies útiles y amenísimas referentes a un mundo nuevo... de manera que la medicina, la astronomía, la náutica, la industria y todos los conocimientos y sistemas naturales corrieron en pos de la obra de Oviedo con el mayor interés, que es el provecho asociado a la necesidad. Los cincuenta libros que integran la obra, además de los hechos históricos, dan cuenta muy cabal de la geografía, de las plantas y animales de las tierras descubiertas, de los usos y costumbres de los naturales.

Traigamos a consideración aunque sea muy de paso los importantes documentos de don Pedro de Heredia (15..-1554), consignados en su escrito CARTAS Y RELACIONES ESCRITAS POR EL FUNDADOR Y PRIMER GOBERNANTE DE CARTAGENA, salido de sus gavilanes hartos ariscos allá por

1533, en que hallan los historiadores enjundiosa materia para estudios e inquisiciones sobre los comienzos de la que sería con el correr de los siglos patrimonio de la humanidad.

En el año siguiente, 1534, vio la luz la VERDADERA RELACIÓN DE LA CONQUISTA DEL PERÚ Y PROVINCIA DEL CUZCO, LLAMADA LA NUEVA CASTILLA, editada en Sevilla y que puede verse en la "Biblioteca de Autores Españoles" Volumen XXVI. La escribieron Francisco de Jerez y Pedro Sancho de la Hoz, en su calidad de secretarios del conquistador Francisco Pizarro. En estilo no escaso de donosura nos narra el libro cómo su señor se alió con Diego de Almagro y el clérigo Hernando de Luque, futuro primer obispo del Perú, para la empresa de descubrir y conquistar países ricos en oro, según decires, bordeando el litoral Pacífico. Algunos viajes tentativos de exploración, entre los años de 1524 y 1530, les abrieron la certeza de la existencia del inmenso imperio de los incas, y con ello el designio de volver a España y lograr del rey su interés, así como de adhehala la palabra del soberano para ser nombrado Pizarro capitán general y gobernador del Perú. Con estas ejecutorias regresó a Panamá, de donde partió a poco con ciento ochenta hombres en tres navíos suficientemente equipados que un día tocaron tierra en vecindades de la que fuera primera colonia española, San Miguel de Piura, por donde se internaron en el país echando aquí y allá cimientos para fundaciones a granel, de las que merecen especial mención Ayacucho, en cuyas vecindades se libraría casi tres siglos después la batalla que selló definitivamente la independencia de América, y Lima, la ciudad de los reyes.

Al avistar a Cajamarca, donde se hallaba por entonces el emperador Atabalipa, le envió Pizarro amistosos mensajes y en las afueras de la ciudad lo aguardó el Inca, acompañado de cuarenta mil hombres. Engañados, le abrieron éstos la puerta al enemigo, quien provocó la lucha hasta el trance de capturar a aquél y poner en desbandada a sus huestes. El rescate pactado -tras el saqueo a templos y palacios - ascendía a 1.300.000 pesos oro, que fue repartido entre la soldadesca, una vez descontado el quinto para el rey de España. La historia explica pero no absuelve el insano proceder del conquistador con Atahualpa que, ya convertido al cristianismo, hubo de manos de sus esbirros ignominiosa muerte. La misma que fulminó sin reatos a Pizarro y a sus hermanos Gonzalo y Juan, que fueron años después ejecutados; Hernando, que decapitó a Almagro en Salinas, pagó veinte años de cárcel en Medina del Campo a su regreso a la península.

No lejos de la aparición del libro de Jerez y Sancho, allá por 1539, entra por la puerta mayor de la historia el insigne dominico Bartolomé de las Casas (1474-1566), que por entonces dio a la estampa la nunca bien alabada BREVÍSIMA RELACIÓN DE LA DESTRUCCIÓN DE LAS INDIAS, la cual,

enviada a Carlos V en 1542, fue impresa en Sevilla diez años más tarde. Es un descarnado mensaje de indignada protesta contra los excesos y desmanes de los españoles con los aborígenes. Quien había sido proclamado por la corte "protector general de todos los indios" viajó una y otra vez a ultramar a llevar quejas y reclamos, y en una de esas ausencias ocurrió la rebelión de los naturales y, con ella, la matanza de los peninsulares. Atacado por quienes gobernaban y acremente censurado por no pocos, entre ellos el historiador Fernández de Oviedo, empleó como arma de defensa la bien aguzada pluma escribiendo su polémica relación, violenta arremetida contra los medios despiadados de ferocidad, pillaje y depredación utilizados por los conquistadores y contra el nefando sistema de las "encomiendas", la forma más descarada de la posesión de las tierras de los indígenas y llave maestra de la esclavitud. No estando su caridad -observa el señor Suárez- desposada siempre con la prudencia, solía el prelado misionero contemplar un solo lado de sus empresas. Por eso, mirando únicamente a la salvaguarda de los indios, salió al encuentro de los encomenderos para decirles: "A fin de que no suspendáis vuestras minas y plantaciones, busquemos manos africanas que sirvan, en lugar de estas manos americanas: cabalmente aquéllas resistirán mejor el clima y los trabajos, mientras que éstas sucumben bajo el peso del día y del calor". Con lo cual el obispo de Chiapas, protector de los indios, vino a ser el propulsor de la esclavitud con la importación de negros africanos merced a su celo, que le dictó malos consejos.

El 12 de octubre de 1540 firmó en Cali el escribano de su Majestad, Pedro Sarmiento, su RELACIÓN DEL VIAJE DEL CAPITÁN JORGE ROBLEDO A LAS PROVINCIAS DE ANSERMA Y QUIMBAYA por solicitud de nuestro primer descubridor. El cual, con cien hombres de a pie y de a caballo emprendió el 14 de julio del año anterior la dura marcha por caminos indómitos desde el poblado indígena de Vijes hasta sentar las bases de fundación de la ciudad de San Juan y la Iglesia Mayor de Santa María de los Caballeros y nombrar alcaldes ordinarios a Suero de Nava y Martín de Amoroto y alguacil mayor a Ruy Vanegas. Envío al primero a conquistar las provincias de Caramanta y Buritaca, "donde hallaba grandes fundiciones de oro e crisoles e carbón". Vencidas penalidades sin cuento, se internó la expedición en territorio del Chocó, donde descubrió los nacimientos del río Darién. Como el cacique Cananao le ofrendara a Robledo una vasija de oro a manera de casquete, y éste le preguntara de donde la traía, vino a saberse por allí que de la otra orilla del río en las provincias de Quimbaya. Después de fundar el pueblo de Irra, el 5 de marzo de 1540, se internaron los españoles por tierras de Carrapa y Picarra, donde los naturales dieron noticias de las comarcas del Pozo, y hacia allá buscaron camino el 28 del mismo mes.

Relata el escribano testigo cómo más de cuatro mil indios los recibieron "de guerra" y en lo más crudo de la refriega el capitán Robledo fue herido gravemente de un flechazo.

Ganada la batalla por los invasores, dos cirujanos atendieron al herido en el bohío del cacique, el capellán lo oyó en confesión y Sarmiento copió al dictado las disposiciones testamentarias, tras lo cual empezó a reponerse y, veinte días después pudo reanudar la temeraria empresa. A poco más se hallaron sus huestes en la muy belicosa provincia de Arma, y el capitán mandó adelante al comendador Hernán Rodríguez de Sosa, quien hubo de traerle presto la noticia de numerosos y aguerridos grupos indígenas dispuestos a repeler todo amago de entendimiento con los que osaran hollar su territorio. No se hizo esperar la refriega entre el puñado de peninsulares y los nativos, "que pelearon con armaduras de oro e coronas e patenas que relucían todo el camino," hasta ser derrotados. Y apunta el relator que "estas provincias son de mucha poblazón, gente de guerra, e muy ricos de oro, e aquí en este pueblo reside el señor de la tierra, que se dice Maitama". Algo más de dos meses permaneció en él Robledo, en seguida mandó a descubrir la provincia de Buritaca y luego la de Cenufaná. Fundada la ciudad de Cartago y abierta la iglesia mayor de San Jorge, marchó a Cali, donde su amanuense Sarmiento organizó los apuntamientos de su relación, la cual puede leer el curioso en el Repertorio de la Academia Antioqueña de Historia en número de octubre de 1921.

Quédese para los críticos de literatura encasillar donde mejor les parezca el género que mejor se adecue a los méritos del ya dicho Sarmiento y a los del escribano del capitán Jorge Robledo, el español Juan Bautista Sardela (o Sardella), que de una y otra manera así estampa su apellido en el valiosísimo informe histórico. Cumple a nosotros consignar su nombre y darle gracias por haber anunciado a lo que es hoy Antioquia y a sus gentes la nueva de hechos trascendentales que significan el nacimiento de nuestra prosapia, la odisea de la conquista y las condiciones humanas del primer descubridor de nuestros territorios. La RELACIÓN DEL DESCUBRIMIENTO DE LAS PROVINCIAS DE ANTIOQUIA POR JORGE ROBLEDO da cuenta de la fundación de la primera capital del estado el 25 de noviembre de 1541 en nombre de su Majestad y del gobernador 'Velalcázar' y del nombramiento de Alcaldes Ordinarios en las personas del capitán Mendoza y de Diego de Mendoza, así como de la justa repartición de solares, tierras y estancias entre los primeros pobladores, tras lo cual el fundador volvió a Santa Ana y Cartago, "donde había dejado su casa e hacienda". Con lenguaje tosco, ingenuo y desnudo de todo ropaje gramatical o retórico, el fiel secretario refiere en detalle la incursión exploradora por comarcas de occidente al mando de Robledo y la llegada, después de mil y una aventuras por montes, ríos y hondonadas y de encuentros sangrientos con los indios, a San Sebastián

de Buenavista, por otro nombre Huzaba, "donde hallamos por teniente e capitán en él a Alfonso de Heredia, hermano de Pedro de Heredia" y, en lugar de socorrerlos, el teniente y capitán, cojo y con dos muletas, cuando supo que traían oro, con su hermano que vino después "nos tomó e secretó (secuestró) todo lo que traíamos, echándonos en prisiones, metiéndolo todo a barato, diciendo pertenecerle la ciudad de Antioquia, que el capitán Robledo había poblado e descubierto e conquistado, mientras ellos estaban torrezando".

Que el relato fue compuesto en España se deduce de las propias palabras de Sardela cuando nos cuenta cómo Heredia, después de abrir proceso contra los recién llegados, "envió al capitán a estos reinos a S.M. e a algunos de los demás con él, adonde los señores del Concejo conocieron de la causa". Cabe a la ilustre Academia Antioqueña de Historia el privilegio de la publicación por vez primera de este documento en 68 páginas del Repertorio ya mencionado de 1921, el cual se tomó de la colección de infolios inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacados del Real Archivo de Indias bajo la dirección de los señores Joaquín F. Pacheco y Francisco de Cárdenas, de varias academias científicas, y de don Luis Torres de Mendoza, abogado de los Tribunales del Reino, Tomo II, Imprenta Española, Torija, 14, Madrid, 1864. Esta preciosa colección pertenece a la Universidad de Antioquia, y la suministró su rector de entonces, el doctor Emilio Robledo.

Sábase del intrépido hombre de armas que fue Alvar Núñez Cabeza de Vaca que su agitada vida se movió dentro de los primeros sesenta años del siglo XVI y que pocos de los conquistadores le aventajan en aventuras, desventuras y andanzas por tierras de esta América. Mozo de escasas o ningunas letras, pero de impetuosos arrestos, se enroló en las filas expedicionarias que, al mando de Pánfilo de Narváez, zarparon de España en 1527 por el mar tenebroso rumbo a la Florida. El colonizador Diego Velásquez ya había conquistado a Cuba y fundado las ciudades de Santiago y la Habana, y Cortés, emisario suyo, había emprendido la conquista de Nueva España. Diezmado por tempestades primero y luego por acciones de guerra contra los indígenas, el grupo de tres sobrevivientes, tras peripecias sin cuento logró llegar a Méjico, todo lo cual relata en el libro NAUFRAGIOS. La otra obra, COMENTARIOS, arreglada por el escribano Pedro Hernández, da cuenta de la misión de Alvar Núñez por los territorios del Plata cuando se le confió la encomienda de ir en auxilio de los que lograron pervivir en la empresa conquistadora al mando de Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires. Con su cargo de adelantado y gobernador del Río de la Plata, se adentró en las regiones del Chaco y se acercó en Asunción, que acababan de fundar Diego de Salazar y

Gonzalo de Mendoza, hasta su deposición y encarcelamiento, hechos que tuvieron ocurrencia en 1545. A lo largo de su libro describe en detalle la tierra y los ríos, las costumbres de los naturales, la ciudad de Asunción, los abusos de los españoles, los bergantines utilizados..., según nos refiere su biógrafo J. Regla. Las dos obras, publicadas después de 1547, merecieron edición muy cuidada de don Manuel Serrano Sanz en 1906 en Madrid, y forman los volúmenes V y VI de la Colección de libros y documentos referentes a la historia de América.

Transcurre algo más de una década para que un eclesiástico de singulares dotes literarias venga a brillar con luz propia en el cielo de las letras americanas: hablamos de Francisco López de Gómara, (1511-1566), que por los años de 1552 y 1553 publicó en prensas de Zaragoza sus dos obras que le han dado lustre, a la primera de las cuales llamó HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS Y CONQUISTA DE MÉJICO. Conformada por dos partes, la primera diserta con galanura en torno a la historia del mundo hasta el descubrimiento de Nueva España, discurso prolijo que es a manera de antesala al relato minucioso de los sucesos que, a partir del ocaso del siglo XV, serían hito que habría de señalar una era nueva en la historia universal. La segunda se circunscribe a la conquista de Méjico. Vale decir en este lugar que el ilustrado capellán de Hernán Cortés, quizá por serlo, hizo de lado y echó por la borda la lección que le darían las lecturas de Plutarco y Tito Livio acerca de la imparcialidad en los juicios que ha de privar en todo tratado de historia, y endereza el suyo de manera muy visible a alabar sin tasa ni medida los gloriosos hechos de aquel conquistador, a tal punto que los que realizaron sus ayudantes principales y las falanges anónimas de guerreros los pasa casi inadvertidos para engrandecer, eso sí, a su héroe. Importa de suyo indicar esta glosa a quien estudie la obra con ojo avizor, y entonces habrá de acordarse conmigo en que esas páginas peregrinas y brillantes adquieren por lo mismo más visos de poesía que de testimonios históricos insospechables.

Puesto aparte este lunar, hay que convenir en que el libro es rico minero de noticias geográficas y, al tiempo, indagar por qué fue prohibido merced a rescripto del Consejo de Indias en 1566 y, sin embargo, dos años más tarde pudo lograrse segunda edición en Salamanca. Había publicado por los mismos días su CRÓNICA GENERAL DE LAS INDIAS, que adolece del prurito ya comentado de elogios desmedidos al caudillo y del pecado de olvido a sus hombres de tropa, a tal punto que movió a Díaz del Castillo a salir por los fueros de las mesnadas sin nombre en las páginas vibrantes de la "Historia verdadera", a que nos referiremos adelante. Queda al lector de hoy confirmar las prendas de su estilo, ordenado, lacónico y diáfano como pocos, y dar por verdadero el aserto de Jiménez de la Espada, para quien este religioso "es el más literato de los cronistas del Nuevo Mundo hasta Solís:

escritor elegante, fácil y correcto, cáustico, intencional y atrevido en sus juicios".

Al año siguiente salió al público una obra que merece el mayor interés por las referencias de mucho pro al territorio antioqueño, escrita por Pedro de Cieza de León\* (1518-1560), que intituló CRÓNICA DEL PERÚ. Siendo tan mozo que aún no le apuntaba la barba, le dio el naípe por alistarse en las fuerzas que venían al Perú y hacia acá enderezó sus travesuras. Como apenas conocía la escuela de su pueblo, era un iletrado a quien deslumbró la salvaje hermosura de América, y la cultura de que fue haciéndose dueño merced a la tenacidad aragonesa lo llevó a acometer el empeño de escribir, no sin antes recorrer el dilatado imperio incaico conversando con los ancianos y pergeñando notas, glosas y apuntamientos sobre cuanto oía y veía a lo largo de todos los caminos. Con tal haber fue urdiendo la atildada crónica en que fulgura abundante acopio de noticias, con imparcialidad y llaneza, tan bien tramada que los críticos de ayer y de hoy le han asignado con justicia sitio encumbrado entre los historiadores de Indias. Publicada la primera parte en el año antes dicho de 1553, hubo de esperar tres siglos y algo más para que se imprimiera la segunda. No hay noticias sobre la tercera, y de la cuarta se han publicado los libros primero, segundo y tercero. Sobra decir que la CRÓNICA DEL PERÚ ha sido traducida a varios idiomas, lo cual aprestigia a su autor, que no regresó a su patria y en estos Andes feneció a la breve edad de cuarenta y dos años.

En 1555 aparece nueva obra acerca del imperio incaico de la pluma limpia, clara y ordenada de Agustín de Zárate (1492-1560), que con el cargo de contador de mercedes del virrey Blasco Núñez de Vela vino a América después de haber desempeñado con buenos méritos puestos políticos en España y Flandes. En HISTORIA DEL PERÚ relata lo que toca al descubrimiento y conquista de este país hasta la muerte de Gonzalo Pizarro, en lenguaje pulcro y galano. Háse dicho de ella que "es uno de los monumentos históricos más bellos de nuestra lengua". Se publicó por orden de Felipe II.

Comenzada en 1503 y concluida en 1561, fray Bartolomé de las Casas escribió su HISTORIA DE LAS INDIAS, que se mantuvo inédita más de tres siglos por disposición testamentaria. La integran tres libros en los que discurre ordenadamente en torno a los hechos acaecidos después del descubrimiento: la fundación de las primeras colonias, la exploración de las costas de Norteamérica

---

\* "El Inca" Garcilaso de la Vega en sus "Comentarios reales" cita, en ocho de los diez libros en que está dividida la obra, veinticuatro veces a Cieza de León. Cuando lo hace con su nombre de pila -Pedro- siempre escribe "de" ante 'Cieza'; la mayor parte de las veces 'Pedro de Cieza de León'; en tres ocasiones 'Pedro de Cieza'; en unas pocas 'Cieza de León' y, solo en una, simplemente 'Cieza" (sin lugar a confusión, pues está una línea más adelante de 'Pedro de Cieza de León'. Y es, o era, el uso más frecuente anteponer la partícula 'de' al apellido toponímico y Cieza lo es (como también León, por lo demás); cito al Barón de Cobos de Belchite en su "Nobiliario español: " Cieza: apellido castellano. Del Valle de Cieza, partido judicial de Torrelavega (Santander)...." LGDEG



por Juan Caboto al servicio del rey Enrique VII de Inglaterra, el descubrimiento de Florida por Ponce de León y del Pacífico por Núñez de Balboa, la conquista de Méjico y el hallazgo por Magallanes en 1520 del estrecho que enlaza los dos océanos. Y no pierde ocasión para fustigar y condenar la violencia y los abusos de los conquistadores y enaltecer a los pueblos sojuzgados.

Siquiera se trate de un escrito no muy extenso, creemos de interés traer a colación la CARTA DE ANTONIO DE NEBRIJA Y JUAN DE SAN MARTÍN a Carlos V. Redactada por quienes acompañaron en sus andanzas y acciones militares a Jiménez de Quesada, es tenida como el documento más primitivo que nos queda de los descubrimientos del Adelantado, y se publicó en 1567.

Cabe a Colombia el honor de mostrar al mundo americano la estampa humanística del hombre de leyes don Gonzalo Jiménez de Quesada (1500-1579), el más letrado de los conquistadores, como lo testimonia el variado acervo de sus escritos, catorce de los cuales solo se conocen a través de las referencias y las citas textuales aducidas por cronistas e historiadores que bebieron en tan limpios manantiales; unos cuantos esperan en los archivos de España iniciativa muy laudable de quien aspire a divulgarlos. Nos dice el Padre Núñez Segura que el obispo Lucas Fernández de Piedrahíta es quien en su historia nos conservó más trozos de la obra principal del Adelantado. Lo único, y eso incompleto, salido de su pluma es el ANTIJOVIO, editado ya por el Instituto Caro y Cuervo, en el cual refuta a Paulo Jovio, obispo de Mocera, que "dijo mal (contra la verdad de la historia acaecida) de los españoles y la nación española", según sus propias palabras. Componen el escrito algo más de cincuenta capítulos, que dejó rubricados en 1567.

El ínclito fundador de Santa Fe de Bogotá vivió más de cuarenta años en estas tierras septentrionales que él bautizó con el mismo nombre de su añorada tierra andaluza y, tras de soportar como buen cristiano angustias y enfermedades en su cobijo de Mariquita, allí vio pasar las jornadas postreras de su meritoria senectud disipando ocios y penas en el ejercicio de la pluma.

No empecé a su carácter bien definido de poema heroico, creemos ser de lugar el que se aluda en ordenación cronológica a la ARAUCANA, de don Alonso de Ercilla (1533-1594), que publicó en Madrid en 1569, cuando, a su regreso de Chile, en cuya conquista tomó parte, decidió llevar a edición la primera parte. Las otras dos salieron de las prensas en 1578 y en 1589 en casa de Pedro Madrigal, dirigidas "al rey don Felipe nuestro señor". Más descriptivo que fantástico, es la primera voz poética del alma americana, como alguien escribió en su loanza.

Por los días en que Colón descubrió este continente, frisaba los cuatro años su hijo Hernando

(1488-1539), habido fuera del matrimonio y cristianado en Córdoba, otros dicen que en Medellín de Extremadura, y siendo todavía mozuelo acompañó a su padre en los últimos viajes que agregaron al imperio español la isla de Trinidad, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Contribución de harto precio al estudio de la personalidad y de la obra titánica del gran Almirante es su tributo filial de las HISTORIAS DE LA VIDA Y HECHOS DE CRISTÓBAL COLON, que sorprendió a los peninsulares tres décadas adelante de su suerte, en 1571. Los originales castellanos fueron traducidos al italiano por don Alfonso de Ulloa, y nuevamente del italiano al castellano por don Manuel Serrano. Los comentaristas que han afluido a sus fuentes concuerdan en tenerlos como el venero más fiel para quien busque autenticidad y pormenores ciertos en los apasionantes episodios del encuentro de los dos mundos.

Cuanto nos enseñaron en la escuela aldeana allí alienta con sus fechas y sucesos incambiables: el designio de buscar la ruta marina de occidente, los reyes católicos, las tres carabelas, la salida de Palos el 3 de agosto y la llegada a Guanahaní el 12 de octubre; Cuba, La Española... y el regreso a Lisboa el 4 de marzo de 1493. La segunda expedición, que el 25 de septiembre hinchó velas de diecisiete bajeles; La Española y Jamaica; la vuelta a dar cuenta a los reyes el 1o. de marzo del 96 y el arribo a Cádiz el 15 de junio. El tercer viaje, que zarpó el 1o. de agosto de 1498 y el hallazgo de la isla de Trinidad; los padecimientos morales y angustias del padre, acusado ante la corte, la misión encomendada a Bobadilla que lo envió a España aherrojado y su liberación a poco de tocar tierra por merced de la reina Isabel. Y la cuarta salida, que hubo lugar en Cádiz el 9 de mayo de 1502 para encontrar las Antillas y América Central y las penalidades que siguieron a tanta fortuna; el regreso a la península con un solo navío y el desembarco el 7 de noviembre de 1504; la infausta nueva de la muerte de su protectora la reina y el fatal acabamiento de Colón en Valladolid, zarpullido de desengaños, el 20 de mayo de 1506. La obra asaz meritoria del hijo muestra con tierna devoción las humanas prendas del descubridor en lengua moderada y serena.

Tengo a mi vista un precioso boletín de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes, publicado en Cádiz en 1927. Por él sabemos que la Real Sociedad Geográfica publicó por esos días un folleto interesantísimo de su secretario general don Ricardo Beltrán Rózpide, de la Real Academia de Historia, titulado "América en tiempo de Felipe II según el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco". Transcribo textualmente:

"Reinando Felipe II, de 1571 a 1574 el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco recopiló su GEOGRAFÍA Y DESCRIPCIÓN UNIVERSAL DE LAS INDIAS, que por primera vez publicó (1894) la

Sociedad Geográfica de Madrid, con adiciones e ilustraciones de don Justo Zaragoza".

El autor divide su estudio en dos partes principales. En la primera se ocupa de las Indias del Norte (virreino de la Nueva España), que eran la América del Norte, la América Central, con las Antillas y la parte septentrional de la América del Sur, y comprendían las Audiencias de Isla Española, Méjico, Nueva Galicia y Guatemala. La segunda parte está dedicada a las Indias del Mediodía, y estudia el virreinato del Perú, formado por todo lo descubierto desde el Nombre de Dios y Panamá y Costa Rica de Tierra Firme, hacia el estrecho de Magallanes, por el Mar Norte y Mar del Sur, en que se incluyen las provincias de Tierra Firme, Nuevo Reino, Perú, Río de la Plata y Chile, en las cuales había cinco Audiencias: la de Panamá, la del Nuevo Reino, la de Quito, la de Lima y la de las Charcas, y nueve gobernaciones.

Pasa un decenio, y el Padre fray Pedro de Aguado, de la orden franciscana, escribe en 1581 su HISTORIA DE VENEZUELA, que viene a ser la segunda parte de su RECOPIACIÓN HISTORIAL. Dio remate a sus manuscritos en España, adonde había regresado de América, estancia larga suya de veinte años. El Padre Aguado, nacido en Madrid en 1503 y muerto en 1588, emprende su itinerario cronicado en la relación del descubrimiento de Venezuela, la fundación de Cartagena y la expedición de Pedro de Ursúa. En 1525 entró a ese territorio el capitán Juan de Ampués, cuyos hechos plasma con vivos colores, así como la muerte del tirano Lope de Aguirre, con cuya semblanza siniestra da remate a su obra. " Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada" es la primera parte de RECOPIACIÓN HISTORIAL, que inicia la bibliografía del descubrimiento y conquista del territorio que hoy es Colombia, donde estuvo misionando quince años. Elegido Provincial del Convento de Santa Fe en 1573, en asocio del Padre Antonio de Medrano desempolvó sus borradores y comenzó a escribir; a la muerte de su fiel conllevador de trabajos investigativos, Aguado prosiguió solo en el desempeño de su propósito. Es notorio el rico acervo de su noticias sobre los indígenas. Impresa la obra en los albores de este siglo, es lumbré y honra de Bogotá el haber llevado a cabo su publicación en cuatro volúmenes y cuatrocientos veintitrés capítulos. Interesa no echar en olvido que a don Santiago Pérez Triana se debe esta gracia por haber conseguido licencia en la metrópoli española para copiar los infolios, de donde se tomó la impresión definitiva. Cerremos estos comentarios con las palabras del señor Suárez en el "Sueño de los terremotos": "... es una de las mejores fuentes de historia neogranadina, superior al mismo Antonio de Herrera con las salpicadas noticias que éste nos tributa".

No callemos el claro nombre del navegante y explorador español Pedro Sarmiento de Gamboa (1530-1592), que se empeñó tercamente en establecer una colonia en el remoto confín austral, tras

lo cual dejó a los que vinieron su obra muy celebrada VIAJES AL ESTRECHO DE MAGALLANES 1579-1584. Repetidas veces ha sido publicada, la última en dos volúmenes, con notas ilustrativas que hacen grata y provechosa su lectura, del filólogo polaco-venezolano don Ángel Rosenblat. En sus dos libros Sarmiento de Gamboa narra la odisea de quienes descubrieron el estrecho y dedica el segundo a las seis relaciones sobre el segundo viaje. No paró aquí la comezón de escribir, antes con más ahínco se dio a ordenar sus notas y observaciones sobre la historia preincaica e incaica, que intituló HISTORIA DEL REINO DE LOS INCAS y envió al Consejo de Indias para su edición, lo que no consiguió. Por buena suerte los mamotretos aparecieron a fines del siglo pasado y se publicaron en Berlín en 1906.

Sitial eminente ocupa en el ámbito de las letras americanas y colombianas don Juan de Castellanos (1522-1607), fogoso andaluz que en sus días de mocedad vino a América, a poco más se alistó en las filas expedicionarias y vagó por islas del Caribe hasta dar pie en la costa norte y recorrerla del Cabo de la Vela a Cartagena de Indias. Cuando frisaba los veinticinco años se acogió a sagrado y, recibido el sacerdocio, ejerció el ministerio en Cartagena, Riohacha y Tunja, lugar donde residió casi medio siglo de su vida, que entregó en manos de Dios cuando contaba ochenta y cinco. Suyas son las ELEGÍAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS, 1590, notables en el mundo literario por narrar hechos y esbozar estampas en forma poética. En ciento cuarenta y ocho cantos y ciento veinticuatro mil ochocientos setenta versos se propone hilar la historia del Nuevo Reino de Granada, según dice él mismo, "en versos castellanos la variedad y muchedumbre de cosas acontecidas en las islas y costas del mar del norte de estas Indias Occidentales". Y lo cumple de esta guisa, a imitación de don Alonso de Ercilla y Zúñiga por consejo de amigos "porque las guerras de estos confines se contaran con la misma ligadura, que es en octavas rimas y ansí con ellas por la mayor parte he procedido en la fábrica desde inexhausto edificio". Importa, antes de poner punto final a este bosquejo, anotar aquí que en 1955 se hizo edición esmerada de las Elegías por mandato de la presidencia de la república, en cuatro volúmenes.

Háse dicho que fray Bernardino de Sahagún (1500-1590), de la orden de San Francisco, pasó de esta vida a la eterna con la pluma en la mano. Si ello es así y damos fe al aserto, se concluye que el egregio nonagenario puso fin a sus manuscritos allá por 1590. No había cumplido los treinta años cuando por obediencia fue destinado por sus superiores a las misiones de Méjico, y en esas comarcas pasó el resto de sus días. Como su idioma era sino adverso a su celo evangelizador, se entregó sin tregua al aprendizaje de la lengua náhuatl hasta dominarla y expresarse en ella para sermones y

docencia como el más letrado del valle de Anáhuac. Su amor a los indios y el trato con sus sabios, ancianos y sacerdotes le proporcionaron opulento centón de datos útiles que fue ordenando con mucho método y traduciendo documentos al náhuatl y de allí al azteca.

Noticiados no pocos de los colonos y algunos religiosos influyentes de su comunidad de la obra emprendida por el humilde fraile, lograron poner coto a su empeño y hasta lo despojaron de sus manuscritos. No cejó en el propósito y prosiguió en la tarea con renovada constancia hasta sus jornadas finales. Al redescubrirse en 1829 tan opimo aluvión, publicóse en libro con el nombre de HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE NUEVA ESPAÑA, que fue organizado en doce: los nueve primeros miran la religión, los dioses, las creencias, la astrología, la política, la cultura...; el décimo y el undécimo conforman un diccionario, y el último transmite la relación de la conquista de Méjico, vista por los ojos atónitos de los aztecas, no ya por los de los invasores peninsulares. De ella escribe Carlos Pereyra que es "una recopilación de datos necesarios, no solo para el conocimiento de la vida de los pueblos indígenas de Anáhuac sino para la de todas las sociedades en un estado semejante de cultura". El Padre Sahagún -concluye el notable historiador mejicano- es el príncipe de los etnógrafos. Maravillan su vida y su obra".

Y abordamos ahora la fulgurante fisonomía de uno de los más notables escritores del período colonial, el Padre José de Acosta (1539-1600), jesuíta nacido en Medina del Campo, que residió en el Perú, donde ocupó el cargo de Provincial de la Compañía después de haber servido en Roma en encomiendas diplomáticas por solicitud de Felipe II. Se adunaron en el ignaciano ejemplar el afán religioso y el celo científico, de que dan prueba, de un lado los muchos libros de evangelización, y de otro su obra cumbre, HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS, cuyo solo título nos revela la doble intención de sus escritos, y que imprimió en obrador de Sevilla en 1590. El año anterior había concluido en dos volúmenes el que llamó "De natura novi orbis" , o sea "Sobre la naturaleza del nuevo mundo", que compuso en latín y tradujo al español para comenzar con él la obra monumental a que aludo arriba, ordenada en nueve libros. Versan los cuatro primeros sobre historia natural, el 5o. sobre la religión de los indígenas, el 6o. sobre gobierno, leyes, sucesos y costumbres, y el último está consagrado a la historia de Méjico.

Las partes atinentes a las ciencias naturales son de tal calidad que su autor mereció por ello ser llamado el Plinio de América y juzgado por Humboldt como el primero en el intento de encauzar metódicamente dichas ciencias. A ejemplo de Las Casas fue defensor incondicional de los indios y abogó en todo momento por que los españoles se dieran al estudio cabal y concienzudo de sus leyes

con el fin único de respetarlas y acatar sus postulados y principios en la vida de relación hispanoamericana. La obra del Padre Acosta recabó la admiración de sus contemporáneos y sigue siendo ampliamente difundida en lengua española y en los idiomas a que ha sido vertida.

Profesor de teología en Ocaña. En 1571 vino a América, donde vivió catorce años. Durante cinco recorrió el territorio del Perú en su calidad de Provincial de la Compañía, que aprovechó para recoger material para su obra. En el Tercer Concilio Limeño fue teólogo del arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo. Su Catecismo Trilingüe (en español, quechua y aimará), fue el primer libro impreso en el Perú (1583). A su regreso a España, fue rector del Colegio de Salamanca, donde murió en 1600. Había asistido a la quinta Congregación General de la Compañía en Roma, donde el Papa y los Cardenales lo tuvieron por "el hombre más sabio de la Compañía Jesús". La "Historia natural y moral de las Indias Occidentales" tuvo muchas ediciones: la original en latín, traducida después por el autor al castellano. Juan Pablo Galucci la vertió al italiano en 1596, Juan Huyghen van Linschoten al flamenco en 1598 y en 1605 Juan Humberter al alemán.

Pasemos, ahora es cuando, por el solemne peristilo del siglo XVII americano, pero no sin antes hacer memoria de la estampa del noble indígena azteca y de muy limpia prosapia don Hernando de Alva Tezozómoc (1568-1648), cuya CRÓNICA MEJICANA, manuscrita en 1598, se conoció en libro impreso con todos los honores por lord Kingsborough en uno de los tomos de sus "Antiquities of México". Compuesta en lengua náhuatl, el tema central son las luchas de sus compatriotas hasta la irrupción española al mando de Cortés, descritas con ágil pluma y sobreabundancia de imaginación y fantasía.

Llegados a esta altura del camino pláceme invitar a mis lectores u oyentes a que transpongamos el anchuroso pórtico del siglo XVII y miremos, siquiera sea con ojos profanos, las esbeltas columnas que hermocean la galería de los historiadores de que hay memoria en los meandros del centenario recorrido. No pocos se mueven con holgura en las mismas eras donde espigaron grandes maestros de las letras; el prestigio de algunos ha tenido altibajos en la opinión de los críticos, pero ninguno ha dejado de merecer los atributos que les ha asignado el juicio de la historia. Añudemos entonces los hilos de estos comentarios, apoyados en el "festina lente" de los latinos, que nos enseña a movernos con lentitud y medida para recorrer mucho camino en poco tiempo.

El año de 1605 es hito blanco glorioso en los dominios de la literatura universal de todos los siglos porque en sus días vio la luz el libro inmortal, pasmo de las edades, EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Se trae esta reminiscencia porque por las mismas jornadas hace

entrada solemne al templo del arte literario el Inca Garcilaso de la Vega, cuya cuna se mecía en Cuzco de la limpia sangre de una sobrina nieta de Huaina-Cápac y del famosísimo poeta homónimo, clásico del siglo de oro, hijo del capitán don Sebastián, "que no pudo conquistar el territorio que por desprecio se llamó Buenaventura..., tan agrio que en la relación de Andagoya se lee que los perros regresaban al mar, abandonando de puro cansados la compañía de los conquistadores", conforme lo cuenta el autor de "Los Sueños". Garcilaso (1539-1616), que había traducido los "Diálogos de amor", de León Hebreo, publicó por los días antes recordados la FLORIDA DEL INCA, donde historia la expedición de don Hernando de Soto en busca de la Florida. En los siete libros que la componen revela sus extraordinarias dotes de escritor, y preuncia otras preciadas joyas de la historiografía americana, de que nos darán cuenta en seguida en la sucesión cronológica estos apuntamientos.

Cuatro años adelante, en 1609, se estampa en prensas de Lisboa la obra cumbre del Inca, COMENTARIOS REALES, que teje en diez libros con hebras de oro la historia de su pueblo desde remotas edades hasta la irrupción de los peninsulares. "Puede adivinarse que el escritor tiende a extremar el primitivismo en que vivían las gentes primitivas cuando los incas llegaron, para realzar la acción civilizadora de éstos, que el escritor considera providencial preámbulo de la definitiva actuación cultural y religiosa de los españoles", conforme glosa Sánchez Alonso discurriendo sobre los "Comentarios", que forman el más lisonjero cuadro del período incaico. Siete años de trabajo sin pausa le llevó tan prolija escritura, considerada por los críticos como uno de los pilares cicolópeos de la literatura indoamericana.

Indio también del Perú y cacique de Lucanas (Ayacucho), Felipe Huamán Poma de Ayala (1526-1613) concluyó hacia 1613 una obra meritísima, y la única con dibujos de propia mano, conocida como NUEVA CORONICA Y BUEN GOBIERNO, que consta de más de mil páginas. La parte de mayor interés es la que describe la historia incaica y los primeros episodios de la invasión española. A lo largo de treinta años viajó Felipe por todos los caminos del Perú acopiando datos para su proyecto de libro y acumulando testimonios folclóricos de singular valía, cantos y poemas en lengua quechua que iba ilustrando al compás de sus andanzas con numerosas pinturas tomadas del natural. Escrito en un español de suyo hartamente defectuoso y constelado de yerros, como es natural, logró escardarlo y limarlo a medida que lo aprendía, y así lo vio de molde para dedicarlo sin rubores al rey Felipe II.

Su gran virtud se advierte en emular con el Padre Las Casas en la defensa de los indios y en el vituperio y reprobación de los excesos de las huestes conquistadoras. El crítico Mazzini hace énfasis en la manera como Poma de Ayala sabe mostrar la biografía de cada emperador y de sus mujeres,

narra sus empresas y discurre acerca del régimen, de las leyes, de las condiciones en que vivían los súbditos del vasto imperio, las prácticas religiosas, las fiestas y los trajes de un pueblo que había llegado a ápice admirable de civilización y de cultura. Se trata, pues, de obra de no pocos quilates, de gran interés histórico, arqueológico y etnológico que mereció el honor de ser publicada en edición facsimilar por el Instituto de Etnología de la Universidad de París en 1936. "Las ilustraciones del manuscrito -anota Richard Pietschmann- tienen para nosotros el más alto interés. Constituyen un elemento principal de la obra y reflejan un talento que no es mediocre; el autor conocía poco de anatomía y proporciones, pero es excelente en la composición y en el arte de agrupar, así como para la expresión de fisonomías y del movimiento".

Hacia el año 1615 don Antonio de Herrera y Tordesillas (1559-1625) publicó sus DECADAS DE INDIAS, otro nombre con que se ha bautizado siempre su HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Para cumplir en forma exhaustiva la misión que se le confiara merced a su alto oficio de Cronista de Indias, irrumpió sin escrúpulos ni permiso de nadie en los bosques todavía inexplorados de Oviedo, las Casas, Cieza de León y Bernal Díaz del Castillo para con tal suma de testimonios armar la sólida estructura de su libro, ajeno a los alamares retóricos, notorio por su limpieza y laconismo, todo lo cual hizo en doce décadas o series de diez libros, cuyo itinerario se desenvuelve de los episodios del descubrimiento al año 1554.

Ya en la antesala de la muerte, que lo sorprendió en su plácido cobijo de Córdoba, se propuso Garcilaso de la Vega para matar ocios y dolores de senectud adunar cuanto había allegado para sus dos primeros libros y escribió como segunda parte de aquéllos su bien abastada HISTORIA GENERAL DEL PERÚ, QUE TRATA DEL DESCUBRIMIENTO DEL, Y COMO LO GANARON LOS ESPAÑOLES, LAS GUERRAS CIVILES QUE HUBO ENTRE PIZARROS Y ALMAGROS SOBRE LA PARTIJA DE LA TIERRA. CASTIGO Y LEVANTAMIENTO DE TIRANOS Y OTROS SUCEOS PARTICULARES QUE EN LA HISTORIA SE CONTIENEN, la cual dio a estampa una casa editora de la misma ciudad en 1617, algunos meses después de su acabamiento en manos de Dios. Vale hacer memoria de que éste ocurrió en el mismo año del de don Miguel de Cervantes, con lo que significan esas luctuosas fechas para las letras de allende y aquende el océano.

Comprende dos partes la obra del Inca: La primera es relación acabada que se desprende del remoto ancestro de los abuelos y culmina en la venida de los españoles; la otra abarca desde los hechos del descubrimiento y conquista hasta la ejecución de Túpac-Amaru. Ambas confluyen en obstinada porfía de exaltar a su pueblo sojuzgado, al tiempo que no se cansa de poner muy alto las



empresas civilizadoras de sus dos prosapias, la indígena y la castellana. Con Sánchez Alonso hemos de concluir sin reatos que ningún peninsular puede equipararse en la alabanza de su denodados hombres de armas y de los abnegados misioneros que trajeron de ultramar el mensaje del Evangelio. A tal cima encumbró los valores de su raza que quienes entonces gobernaban en el Perú, temerosos del influjo que podría ejercer en el pueblo sometido, vedaron la circulación del libro a todo lo largo y ancho del territorio.

Uno de los historiadores más consultados por estudiosos e investigadores es fray Pedro Simón, religioso franciscano muy vinculado a lo que es hoy Antioquia, en cuyos predios evangelizó algún tiempo. Venido en 1604 a nuestro país, donde hizo estancia por más de veinte años, sus merecimientos y sus prendas de inteligencia, señorío y don de gentes fueron parte a merecer se le nombrara Provincial de la orden, y de su ejercicio y gobierno queda como muestra fehaciente la silletería del coro de la iglesia de San Francisco en Bogotá. En la paz conventual de su celda labró y recamó obra de mucha enjundia con dominio del tema que venía planeando desde su desembarco en América y buenos talentos de escritor, a la que llamó NOTICIAS HISTORIALES DE LAS CONQUISTAS DE TIERRA FIRME, que se imprimió en Cuenca, España, en 1627. A más del conocimiento de hechos de que fue testigo o sabedor próximo y de gentes que hubo de tratar en razón de su ministerio y mando, exploró sin pausa en las selvas de fray Pedro de Aguado y Diego de Aguilar, cuyos apuntes le sirvieron en abundancia. Narra, como casi todos lo hicieron, las aventuradas empresas y expediciones españolas y diserta con gran desenvoltura acerca de la población neogranadina y de los nombres con que se iban cristianando las fundaciones. Sostiene, como nadie antes lo había osado, que antes de la venida de Colón hubo en este continente dos pueblos, uno antediluviano y otro muy posterior, lo cual le da pie a sentar la tesis peregrina que corrió sin fortuna de unas antiquísimas incursiones hebreas y cartaginesas, bastantes a confirmar en los indios americanos la idiosincrasia de los descendientes de la tribu de Isacar. No es fuera de lugar decir que la segunda parte del libro de fray Pedro Simón no se publicó hasta 1891, y la tercera el año siguiente gracias a las pesquisas muy loables de don Medardo Rivas, quien a la postre vino a dar con los manuscritos en la Biblioteca Nacional de Bogotá diez años antes.

En el panteón de los cronistas del siglo XVII es justo dar relieve al nombre olvidado de don José Oviedo y Baños, cuya HISTORIA DE LA CONQUISTA Y POBLACIÓN DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA, que se editó en 1628 para ser juzgada por quienes tienen que saber como una de las obras más importantes de la época colonial. De acaudalada familia española, nació en Santa Fe de Bogotá y a

escasos catorce años viajó a Venezuela, donde murió casi septuagenario. Muchos sucesos y protagonistas desfilan por su escenario, tan alabado que es de suyo documento indispensable para quien escrute a conciencia las fuentes históricas de ese país.

A poco más se lleva a las prensas madrileñas en 1632 el importante libro intitulado HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA POR FERNANDO CORTES Y DE LAS COSAS ACAECIDAS DESDE EL AÑO DE 1518 HASTA LA DE SU MUERTE EN EL AÑO 1547. Y DESPUÉS HASTA EL 1550, ESCRITA POR EL CAPITÁN BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, UNO DE SUS CONQUISTADORES, Y SACADA A LUZ POR EL P. ALONSO REMON. Anotemos al margen que este Padre Remón fue un religioso mercedario que escribió varias obras de teatro, entre las cuales " El caballero de Gracia ", que inspiró a Tirso de Molina la comedia sacra de igual título, donde se lee que "todas las mujeres son, por lo dulce, de turrón, por lo duro de Alicante". La segunda palabra de la larga presentación del texto pone en guardia al lector, a quien quiere decir con toda llaneza que su relación no es de oídas ni contada a distancia sino auténtica, precisa, de primera mano, rigurosa y sin amagos de fantasía o alteración de los hechos ocurridos en las incontables peripecias de la conquista de Méjico, tergiversada por no pocos, principalmente por López de Gómara en su "Historia general de las Indias ", donde borda con vistosos relieves de hojas y flores de excesivos ditirambos la imagen de Cortés y minimiza y pasa casi inadvertidas las de sus edecanes y hombres de tropa. Díaz del Castillo (1492-1581) no desconoce ni menoscaba la procerca fisonomía del gran conquistador, que ha crecido con los siglos, sino que ello mismo le brinda razones para tributar honra y gloria a las armas españolas y hacer justicia a los caudillos de la raza vencida. Y lo cumple cabalmente haciendo gala de lenguaje y estilo en que brillan por igual la sencillez, la claridad y el vivo colorido.

De 1636 data la tan traída y llevada CONQUISTA Y DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO REINO DE GRANADA DE LAS INDIAS OCCIDENTALES DEL MAR OCÉANO Y FUNDACIÓN DE LA CIUDAD DE SANTA FE DE BOGOTÁ, PRIMERA DE ESTE REINO, DONDE SE FUNDO LA REAL AUDIENCIA Y CANCELLERÍA, SIENDO LA CABEZA SE HIZO ARZOBISPADO, cuya prolija titulación sabe Dios quién retendría en las casillas de la memoria. Así y todo, se trata simple y llanamente del que la tradición ha denominado con el solo título de EL CARNERO, del donoso escritor santafereño Juan Rodríguez Freile (1566-1640), que, después de vagar sus años por España, volvió a su querencia y de allí a Guasca a hacer de agricultor y a sacar de las arcas del recuerdo el rimero de episodios que conforman el manuscrito, adobado con la sal y pimienta de una relación novelada donde algunos ven barruntos de la picaresca española. Pinta con brocha de muralista la vida colonial desde la conquista hasta la presidencia de Martín

Saavedra y Guzmán, y da razón pormenorizada de conquistadores, virreyes, presidentes y visitantes de la Real Audiencia, detallando en lenguaje castizo y pintoresco los personajes salientes de los indios y sus ritos y costumbres, salpicado todo ello con crudos relatos de lances amorosos, delitos y pasiones, como el que sirvió no ha mucho a Próspero Morales Pradilla para bocetar los escándalos de la Hinojosa. El famoso mamotreto durmió en algún vargueño de Tunja el sueño de los justos hasta 1859, cuando don Joaquín Acosta, militar e historiador, dio con él y lo llevó a las prensas para bien de las letras nacionales.

En el recuento que vamos aliñando para quien a él quiera allegarse no podemos dejar de registrar un nombre ilustre, un tanto desconocido para nosotros los colombianos, el de fray Antonio de la Calancha (1584-1654), que escribió su CRÓNICA MORALIZADA y cuya publicación se hizo en Barcelona allá por 1638. Trátase de una de las más completas y ordenadas relaciones conventuales de Indias, no circunscrita a Bolivia, su patria, sino que historia con juicio y método riguroso las fundaciones religiosas de los territorios colindantes del Perú y Argentina y del lejano Ecuador. Agrega a sus monografías el epíteto de "moralizada" para resurgir la usanza benedictina de ataviar los temas tratados con alusiones y pasajes textuales de las sagradas escrituras y de los clásicos griegos y romanos. Anotan los que la han comentado y glosado que esta obra es opulento venero para quienes se engolfan en el estudio del folclor y de las expresiones culturales primitivas de la colonia.

En 1646 entra al esquivo campo de las letras en el que actúa con notable destreza el Padre Alonso de Ovalle (1601-1651), de la Compañía de Jesús y gloria de Chile, donde nació en la alborada del siglo. Misionó y enseñó largos años en su patria y en Argentina. Durante su estancia en Roma, donde lo encontramos en el 43, advirtió en toda ocasión de parlamento y trato con sus hermanos de religión y con los civiles ilustrados la crasa ignorancia de todos sobre su país y, presa de ferviente celo patriótico de hacerlo conocer en sus cabales dimensiones en el ámbito italiano y europeo, se dio a la tarea benéfica de escribir la HISTÓRICA RELACIÓN DE CHILE, a la cual atribuye uno de sus críticos, Lateham, condiciones de excelencia como "castellano perfecto, estilo primoroso", y la habilidad y destreza para describir los paisajes de su tierra y el enmarañado embrujo de sus montes, costas, volcanes, lagos, ríos y nevados que embellecen la franja austral chilena. Rico hontanar lo es también para los investigadores si quieren informarse sobre lo que era Santiago en el siglo XVII, sus costumbres, sus ceremoniales religiosos, su sociedad, la idiosincrasia de sus moradores, todo ello en "la más destacada muestra del castellano que produjo el humanismo jesuítico en sus mejores días". Para suma y compendio de las condiciones de escritor que ostenta el Padre Ovalle, digamos que la

primera edición del Diccionario de la Real Academia Española le concede el atributo de "verdadera autoridad lingüística".

Capítulo de innegable valor en la historia de América, que merece la mayor atención de los estudiosos y, no obstante, ha sido tratado apenas al desgaire y de soslayo por los historiadores, y siempre al margen, es el que tiene como protagonistas a los piratas en largo trecho del siglo XVII. El más sesudo y valioso de los documentos que sobre el tema apasionante nos ha sido dado consultar es el que en español se conoce con el título genérico de PIRATAS DE AMÉRICA, en holandés DE AMERICAENECHTE FREE ROOVERS, del médico John Esquemeling, que lo publicó en Amsterdam en 1678, y en cuyas páginas relata en forma muy veraz, dinámica y clara las incontables depredaciones y la nefanda empresa de exacciones y pillaje organizados que cumplieron sin tregua los bucaneros en aguas antillanas y en los mares del sur, comunicado éste apenas con los del septentrión por la corriente del Chagres y las tierras infestadas que de las fuentes de este río se alzaban como barrera granítica hasta el asentamiento de Panamá.

El autor, al servicio de la Compañía de las Indias Occidentales de Francia, embarcó en el puerto de Le Havre a bordo del navío San Juan el 2 de mayo de 1666 rumbo a la isla de Tortuga, al norte de La Española o Santo Domingo, a donde llegó el 7 de julio la flota que componían treinta bergantines, después de hacer escalas de obligación en Barbados, Martinica, Guadalupe y Puerto Rico. La fauna y la flora de las nuevas tierras se ofrecen opulentas al afán investigador del viajero, que va llenando cuadernos uno tras otro de valiosas notas botánicas y zoológicas hasta el día aciago en que la isla de Tortuga es tomada por sorpresa por los piratas y nuestro hombre es vendido a un médico por setenta piezas de a ocho. De este momento hasta el suspirado regreso a la patria corren siete años como siglos, durante los cuales ha sido testigo ocular de numerosas expoliaciones y participado en mil aventuras, que ofrece al lector en su libro sobrecogedor por donde desfilan los famosos filibusteros Pierre Le Grand, Bartolomé el Portugués, Lewis Scott, Mansveit, Francois L'Ollonois, Pierre Francois, Rock, apodado el Brasiliano, John Davis de Jamaica, Miguel de Vasco y, el más célebre de todos, el inglés Morgan, que, todos a una, infestaron durante varios decenios las aguas del mundo conocido.

Llegó sir Henry Morgan a ser quien fue merced a las circunstancias: apremiado por la necesidad, se incorporó en Jamaica a un barco pirata y, después de unas cuantas incursiones que resultaron muy provechosas, decidió moverse por su cuenta y riesgo sin sumisión a ajenas coyundas; compró un barquichuelo con varios compañeros que, en gracia de sus condiciones personales de valentía y admirable don de gentes, lo nombraron capitán de la nueva banda. El primer viaje con destino a

Campeche le fue de harto rendimiento y, después de apresar varios buques, regresó triunfante a Jamaica. Aureola que movió a Mansveit a nombrarlo vicealmirante de la flamante escuadra, terror de los mares, compuesta por quince navíos y quinientos hombres que enderezaron proa hacia la isla de Santa Catalina en vecindades de Costa Rica.

De allí adelante todo fue siniestra racha huracanada que asoló ciudades y puertos, redujo a pavesas fuertes y palacios, confiscó riquezas, saqueó a sangre y fuego fundaciones costeras, pasó a cuchillo a los pobladores sin miramiento de edades, sexos ni jerarquías de gobierno o de iglesia, dismanteló templos y conventos y puso en desbandada a los pocos moradores que lograban sobrevivir. Así fueron cayendo uno tras otro Puerto Príncipe, Portobelo, Maracaibo, Santa Marta, Riohacha, Curacao, Aruba, Rancherías, Panamá, que fue arrasada, incendiada y reducida a escombros. De lo que fuera esta ciudad salió Morgan el 24 de julio de 1671: delante marchaban ciento setenta y cinco mulas cargadas de oro, plata, paramentos, custodias, cálices, candelabros, joyas y objetos de valor incalculable y, tras ellas, seiscientos prisioneros entre hombres, mujeres, niños, esclavos y ancianos. Los más de los piratas siguieron los caminos de su caudillo, y buen número de descontentos, horrorizados de su barbarie, entre ellos el médico autor de los macabros relatos, tomaron la huida hacia Costa Rica, pasando por Bocas de Toro. Desvalidos y enfermos, hubieron de hacer proa hacia Chagres y, a primera ocasión, gentes de mar compasivas los llevaron a la isla de Pinos, de allí a Jamaica y, cuando lo permitieron buenos vientos, emprendieron el regreso a Europa.

La cuarta y última sección de PIRATAS DE AMÉRICA es libro aparte. Sino que, traducido del holandés y del inglés uno y otro en su orden por doña María Betancourt de Cárdenas, la Editorial Colombia de Buenos Aires hizo real la buena idea de imprimirlos en un solo volumen en los Talleres Gráficos de Macagno Landa & Cía (S.R.L.) en 1945. Esta ocasión no fue un médico ni un científico el encargado de relatar las tropelías de los piratas, ya no en las Antillas sino en el mar Pacífico. Débese el empeño merecedor de toda alabanza al piloto de uno de los buques corsarios que dio razón de los singulares hechos cumplidos por los hombres de cubierta: Basil Ringrose, de alguna cultura y bien disciplinado, que publicó sus apuntes en Londres por el año de 1692. Las naves depredadoras, que irrumpían por primera vez en aguas defendidas hasta entonces por la muralla natural del istmo de Panamá, eran nueve y las tripulaban cuatrocientos setenta y ocho marineros que zarparon cuatro leguas al este de la fundación, saqueada e incendiada hacía poco por las hordas de Morgan. Para prefacio de sus relatos fantásticos teje notas del mayor interés sobre lo que era la ciudad de la que

apenas quedaba en pie la catedral, "que recuerda la de San Pedro en Londres" y los muñones ennegrecidos de unas cuantas casas principales de tres pisos de ladrillo y tejas y de ocho iglesias. Cuenta cómo hubieron noticia de que era obispo el doctor Lucas Fernández de Piedrahíta que, cinco años atrás, había sido apresado cuando el capitán Sawkins tomó el puerto de Santa Marta. El nuevo Comandante, Swan, le envió de regalo dos cargas de azúcar que el prelado tuvo a bien retribuir mandándole de Taboga con el mismo emisario precioso anillo de oro, en prenda de vieja amistad. A la muerte de Sawkins le sucedió en el mando de la expedición el capitán Sharp, quien invitó a los marinos que quisieran de buena voluntad a aventurarse intrépidos por el mar del sur hasta el estrecho de Magallanes y por allí volver a Europa. Levaron anclas en alguna rada el 6 de junio de 1679, y el 17 fondearon en la costa de Barbacoa después de breves escalas en las islas de Gorgonilla y Gorgona, rebautizada esta última con el nombre del nuevo oficial de mando, Sharp.

Van desfilando por las páginas de Ringrose como en procesión fílmica siniestra hechos y gentes de toda laya, peripecias de navegación, incursiones y saqueos, encuentros sangrientos con buques enemigos, combates de abordaje, apresamiento de buques españoles como el San Pedro y el Santo Rosario. Corridos tres siglos de los nefastos acontecimientos, resulta de subido interés para el lector vérselas con nombres de hoy prósperos puertos de América meridional que fueron botín de los filibusteros: Guayaquil, Tumbes, Paíta, Coquimbo, Arica, La Serena, por cuyo rescate hubieron de recaudar los vecinos 95.000 piezas de a ocho, Iquique, Huasco, las islas Galápagos y Juan Fernández..., y pare de contar. El 6 de junio de 1681, a los dos años ese día cumplidos de haber hinchado velas en Panamá, ocurrió la insurrección de los marineros contra el capitán Sharp y, acto seguido, la toma del mando por el capitán Watling, quien poco después cayó muerto en la toma del fuerte de Arica, con lo que el antes depuesto recobró por voluntad unánime las riendas del gobierno. Su primera decisión fue la de regresar de inmediato a Inglaterra, no doblando el proceloso estrecho del confín austral sino rehaciendo de vuelta el camino de Panamá y las Antillas, orden que acató la inmensa mayoría. Trece compañeros y quien escribió a poco la mágica relación embarcaron luego en la Antigua a bordo del Libón Merchant el 11 de febrero y, después de penosa travesía, avistaron al fin el puerto de Darmouth el 26 de marzo de 1682, después de casi tres años de azares sin cuento.

En el catálogo de estos dos siglos de historia americana se destaca la recia personalidad de don Antonio de Solís y Rivadeneira (1610-1686), de Alcalá de Henares, discípulo de Calderón de la Barca y, como su maestro, insigne dramaturgo. A sus preesas de poeta y hombre de teatro supo agregar, y con cuánta fortuna, la de historiador de prestigio y nombradía. Allá por 1667 dio comienzo a su obra,

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO, POBLACIÓN Y PROGRESO DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL CONOCIDA POR EL NOMBRE DE NUEVA ESPAÑA, que publicó en Madrid en 1684, dos años antes de su fallecimiento. Merced a sus cargos de secretario del rey Felipe IV y Cronista Mayor de las Indias, se le confió la misión de continuar la relación que dejó trunca don Antonio de Herrera, y la cumplió con creces en cinco libros y ciento siete capítulos. Fueron aporte esencial y valedero a la construcción de ese monumento, entre otras fuentes, las "Cartas de relación" de Cortés y la "Historia verdadera" de Díaz del Castillo, y con tal cúmulo de haberes al servicio de varón tan culto y galano escritor, hace del suyo un auténtico poema en prosa. De interés novelesco y de suspenso -comenta don José María del Cossio- se remonta a los clásicos, a quienes imita en sus discursos puestos en boca de los personajes, al modo de los historiadores griegos y romanos. Del brillo y fama de su obra maestra dan razón elocuente las traducciones a granel que se han hecho de ella a todas las lenguas europeas.

Primerísima figura de las letras castellanas es el obispo Lucas Fernández de Piedrahita, que dio lustre singular a las sedes de Panamá y Santa Marta, ciudad esta donde fue aprehendido por filibusteros ingleses y liberado luego por Morgan. Este conspicuo hombre de iglesia, al igual que Garcilaso, fue nieto de conquistador y biznieto de princesa incaica. Estando en Madrid, tuvo a gran fortuna el hallazgo del "Compendio historial" de don Gonzalo Jiménez de Quesada, así como de la parte IV de las "Elegías de Varones Ilustres de Indias" de Castellanos, y ahondando en tan ricas vetas puso firme cimiento a la construcción de su elogiada obra HISTORIA GENERAL DE LA CONQUISTA DEL NUEVO REINO DE GRANADA, que vio la luz en Amberes en el mismo año de su muerte, 1688. La estructuran doce libros y ochenta y dos capítulos, y el todo viene a ser un artístico mural donde se desarrollan los hechos que hubieron lugar entre el reinado de Saguamachica, cacique de Bogotá, y la llegada del primer presidente de la Real Audiencia, don Andrés Díaz Venero de Leiva (1470-1563). Don Medardo Rivas acometió en 1881 su edición sobre la príncipe de J.B. Verdussen, prologada por don Miguel Antonio Caro. En 1942 se publicó nuevamente en cuatro tomos con los auspicios de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Para rematar con filigrana la severa efigie del prelado cedamos la pluma al humanista Rivas Sacconi, cuyos son estos respuntes: "Piedrahita es ante todo un estilista. Dignifica la humilde materia con un tratamiento a lo Tácito: descripción con pinceladas rápidas y vigorosas de costumbres primitivas...La preocupación reconstructora se refleja en su mismo concepto de la historia: "pues no siendo lo verosímil opuesto a lo verdadero, cuando es consiguiente a las causas que antecedieron, se hallará tan lejos de oscurecer la verdad que en vez de viciarla la deje acreditada". Invito a quien lo desee a deleitarse con la página maestra que don Luciano Pulgar consagra en "El Sueño de Antioquia" al libro de nuestro obispo, donde hallará datos de interés sobre

Santa Fe de Antioquia y su río Tonusco, su población y su título de ciudad.

La historia ha sido avara e injusta con uno de los valores genuinos de América, y la merced de un gran colombiano, miembro muy distinguido de la Academia Nacional de Historia, el doctor Gabriel Giraldo Jaramillo, hizo obra de pro al rescatar del olvido al meritorio fraile agustino Francisco Romero (1639- ) que nació en el Perú y a los treinta años comenzó a catequizar, tarea ímproba en que no cejó hasta el fin de sus días. En 1689 recibió de sus superiores jerárquicos la orden de viajar a Europa, partió de Quito y, de paso por Colombia, impresionado por la situación de abandono en que se hallaban las poblaciones que iba conociendo, resolvió darse por entero a la evangelización de los naturales. Timaná era el centro de una dilatada comarca indígena donde vivían los Tames, y con auxilios tenazmente recabados ofreció costear la venida de misioneros a dichas regiones de infieles. La Real Audiencia le negó el permiso, por lo cual decidió seguir su camino a España a solicitar de la Corte atención y socorros. En un palenque de negros a orillas del Magdalena ejerció algún tiempo su misión y, al oír hablar de los Aruacos de la Sierra Nevada, allí se encaminó y, después de algún tiempo, se embarcó para Cuba. En la Habana fundó la congregación de San Felipe Neri y prosiguió su peregrinación.

En Madrid gestionó el Padre Romero la autorización para organizar las misiones entre los Tames, y en Roma escribió su obra fundamental en 1693, que intituló LLANTO SAGRADO DE LA AMÉRICA MERIDIONAL, QUE BUSCA ALIVIO EN LOS REALES OJOS DE NUESTRO CATÓLICO Y SIEMPRE GRAN MONARCA SEÑOR DON CARLOS SEGUNDO REY DE LAS ESPAÑAS Y EMPERADOR DE LAS INDIAS, y regresó al Nuevo Reino en 1694 con trece religiosos. Fundó pueblos, construyó iglesias y regresó a Lima, donde fue Prior de la Recoleta de Nuestra Señora de Guía. "Tiene el valor de un Francisco de Vitoria y la ardentía de un Bartolomé de las Casas; por el mismo hecho de ser un criollo americano, un "indiano", como él mismo dice, supo comprender el espíritu del pueblo indígena", observa Giraldo Jaramillo, quien publicó el libro en 1955 en Bogotá conforme a la edición hecha en Milán por Marcos Antonio Pandulfo Malatesta, impresor real. De esta edición se conocen solo tres ejemplares, que se encuentran en las bibliotecas del Museo Británico, en la Nacional de Madrid y en la John Cárter Brown de Providence; la colombiana consta apenas de 500 ejemplares, numerados (la que estoy comentando lleva el número 462). Lo cual la convierte en "una de las obras más raras de todas las publicadas en Colombia".

Esta curiosidad bibliográfica tan desconocida nos está diciendo que el texto fue retirado de la circulación y que contadas muestras lograron sobrevivir por tratarse de tratado polémico poco grato



a las autoridades españolas, a los encomenderos y caciques, que pone a raya a los funcionarios peninsulares y defiende a capa y espada los derechos de los americanos, con lo que labra los cimientos de una "democracia orgánica" y prepara la independencia, al lado de Las Casas y unos cuantos más adalides de la causa indígena. Múltiples y muy exactas son las noticias que suministra sobre algunos grupos del Nuevo Reino, en especial de los de Sierra Nevada y la Guajira, cuyas riquezas, usos, indumentaria y sistema de gobierno describe con precisión. Si no estamos frente a un clásico de la lengua, es de alabarle el don invaluable del verdadero escritor que es la claridad y transparencia del estilo, en apoyo de lo cual estampa estas palabras : "Hablando verdad se habla siempre bien; porque la puntualidad de la noticia es la mejor elegancia de quien por escrito informa". En síntesis, el "Llanto sagrado" es no solo el manifiesto de un misionero que luchó tenazmente por su iglesia y su doctrina, sino el primer memorial de agravios escrito por un americano en defensa de su religión, de su patria y de su raza. Con razón -remata justamente nuestro académico- el Padre Romero merece el calificativo de Precursor.

Y, antes de correr el telón del anchuroso proscenio por donde han discurrido los más salientes escritores de la conquista y colonia de América española, para dar puntada final a mis deshilvanadas pláticas, cumplo el designio que me propuse trayendo al criterio de quien ocasionalmente lea estas cuartillas la figura venerable del dominico santafereño fray Alonso de Zamora (1635-1717), prez y gloria de su orden, muy ligado a la historia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde vivió rodeado del respeto de sus hermanos en religión, cuyo superior fue por muchos años. Se le confió en buena hora el historial de su provincia, y llenó a plenitud el cometido en su HISTORIA DE LA PROVINCIA DE SAN ANTONINO DEL NUEVO REINO DE GRANADA DEL ORDEN DE PREDICADORES, que se editó en Barcelona en la imprenta de Joseph Llopisen 1701.

De los cinco libros que hacen el todo, trata el primero de América, su extensión y sus riquezas; el segundo, de las fundaciones conventuales de Santa Marta, Cartagena y Tocaima; el tercero, del establecimiento de la Provincia de San Juan Bautista del Perú; el cuarto, de la fundación y gobierno de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada (en el que se da como primicia la noticia más remota sobre Nuestra Señora de Chiquinquirá), y el quinto, de nuevas fundaciones de conventos y, lo más importante, de la creación de la universidad de Santo Tomás.

Es de interés traer a colación los capítulos que en la obra consagra el Padre Zamora a San Luis Beltrán y agradecer a la Biblioteca popular de Cultura Colombiana, a cuya diligencia debemos la edición en cuatro volúmenes de los escritos, con correcciones y addenda del Padre Mesanza, O.P. y

del eminente historiador venezolano don Caracciolo Parra. Justino, uno de los interlocutores de los Sueños de Luciano Pulgar, después de sugerir a las academias y al ministerio de instrucción pública la reimpresión del libro, observa que "muchos historiadores primitivos de Indias acostumbran encabezar sus historias con noticias de historia natural americana; pero el Padre Zamora es el que se lleva la joya en este punto, porque sus noticias ocupan sesenta páginas en folio, donde abundan deleitosos y útiles datos sobre minerales, vegetales y animales, que podrían aprovechar los curiosos e interesados".

Objeto de un estudio similar al que he zurcido con burdas madejas pero con excelente voluntad y que me permito proponer a manos más hábiles y a mentes más lúcidas de esta Academia, sería el de escarmenar sobre iguales e parecidas pautas cuanto en este campo delimitado de la historia nos ofrecen las últimas centurias, a partir del padre Francisco Javier Clavijero (1731-1787), jesuíta mejicano que escribió en Roma, donde pasó sus días postreros, su notable STORIA ANTICA DEL MESSICO, publicada en 1780 cuando vislumbraban en el lejano horizonte los primeros tímidos celajes de la independencia de América.

En el siglo XIX habrá que señalar con piedra blanca el RESUMEN DE LA HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA DE VENEZUELA (1838-1840), de don Rafael María Barait (1810-1860), humanista de sólidas raíces clásicas y "uno de los grandes pensadores del mundo de habla hispana"; LA CONQUISTA DE MÉJICO y la HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL PERÚ (1843-1847) del norteamericano William Prescott (1796-1859); LOS ABORÍGENES DE CHILE (1882), de la pluma maestra de José Toribio Medina\*, tenido por sus compatriotas como el más brillante de los investigadores del pasado del hemisferio y, según don Rafael Altamira "el mayor bibliógrafo de la cristiandad"; la HISTORIA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA, del insigne mejicano Carlos Pereyra\*\*; la HISTORIA GENERAL DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR, obra monumental del que fuera arzobispo de Quito, Federico González Suárez (1844-1917), que sentó el postulado de que la historia, más que relación de hechos es la gran lección de moral de los pueblos; la HISTORIA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA (1893), del connotado escritor Vicente Fidel López (1815-1903); la HISTORIA GENERAL DE CHILE (1884-1902), verdadera enciclopedia en dieciséis volúmenes y obra cumbre de la bibliografía de su país, de Diego Barros Arana (1830-1907); la HISTORIA EN EL PERÚ (1905), colosal ensayo de la obra de los cronistas e historiadores y reivindicación de los trabajos del Inca Garcilaso de la Vega, y la HISTORIA DE SAN

---

\* 1852-1930.

\*\* 1871-1943.

MARTÍN Y DE LA EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA (1887-1890), de Bartolomé Mitre, preclaro hombre de estado, presidente de la república argentina y fundador de "La Nación" de Buenos Aires. Los documentos que exhibe a lo largo de su libro constituyen el material más valioso para el estudio de las revoluciones que nos emanciparon de España.

## BIBLIOGRAFÍA

Amaya Topete, Jesús. "Atlas mexicano de la conquista". Fondo de Cultura Económica, México, 1938.

Castro Alonso, Carlos A. "Didáctica de la literatura". Edit. Anaya S.A. Salamanca, 1971.

Colón, Cristóbal. "Carta de Colón". Barcelona, Pedro Posa, 1493. Transcrito por don Carlos Sanz. Gráficas Yagües S.L. Madrid, 1961.

Díaz-Plaja, Guillermo. "Crónicas de Indias". Salvat Editores, Estella Navarra, 1972.

;

Gheerbrandt, Alain. "The Incas". The Royal Commentaries of the Inca Garcilaso de la Vega". Avon-Discur, U.S.A., 1961.

Giraldo Jaramillo, Gabriel. "Llanto sagrado de la América Meridional, por el P. Francisco Romero". Introducción biográfica y crítica. Edit. A.B.C., Bogotá, 1955.

González Porto-Bompiani . "Diccionario Literario". Montaner y Simón, Barcelona, 1959.

Gutiérrez Villegas, Javier. "La gesta de Colón". Rep. Hist. de la Acad. Ant. de Historia, Medellín, 1971.

Icaza, Francisco A. de "Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España". Madrid, 1923.

Illezcas, Gonzalo de. "Un capítulo de su historia pontifical sobre la conquista de Nueva España". Edit. Robredo, México, 1940.

León-Portilla, Miguel. "Visión de los vencidos". Relaciones indígenas de la conquista. Textos nahuas de Argel M. Garibay, 8a. ed., México, 1980.

Lohman Villena, G. "Historia general de las literaturas hispánicas" Tomo III, Edit. Barna.

López de Gómara, Francisco. "Historia general de las Indias y conquista de México". Zaragoza, 1553.

Mesa, Carlos E.C.M.F. "El Padre Las Casas, signo de contradicción". Rep. Hist. Acad. Ant. de Historia, Medellín, 1970.

Núñez Segura, José A. "Literatura Colombiana". Edit. Bedout, Medellín, 1966.

Obregón, Mauricio. "La primera vuelta al mundo. Magallanes, Elcano y el libro perdido de la nao Victoria". Academia Colombiana de Historia, Plaza y Janés, Bogotá, 1984.

Pigafetta, Antonio. "Relación del primer viaje alrededor del mundo" V. Obregón, Mauricio. Edic. de Milán, 1800. Trad. Federico Ruiz M. Espasa Calpe, Argentina, 1941.

Poma de Ayala, Felipe Huamán. "Nueva Corónica y buen gobierno " Edición en facsímil, Inst. de Etnol. Univ. de Paris, 1936.

Riber, Lorenzo. "Pedro Mártir de Angleria". Rep. Hist. de la Acad. Ant. de Historia, Medellín, 1972.

Ringrose, Basil. "Los piratas de América". Traducción de María Betancourt de Cárdenas. 4a. parte. Edit. Colombia, Buenos Aires, 1945.

Robledo, Emilio. "Discurso sobre historia de América". Rep. Hist. Acad. Ant. de Historia, Medellín, 1921.

Sanz, Carlos, "La carta de Colón". Gráficas Yagües S.L, Madrid, 1961.

Squemelin, John. "Los piratas de América". Trad. de María Betancourt de Cárdenas, la 2a. y 3a. partes. Edit. Colombia, Buenos Aires, 1945.

Suárez, Marco Fidel. "Sueños de Luciano Pulgar". Edit. Voluntad. Bogotá, 1942.

Tezozómoc, Fernando de Alva. "Crónica mexicana". Edit. Leyenda, México, 1944.

Vespucio, Américo. "Cuatro navegaciones". St.-Dié, Lorena, 1507. Traducción inglesa e introducción por Enrique Uribe White. Bibl. Nal., Bogotá, 1942.

Yañes, Agustín. "Crónicas de la Conquista". Unam. México, 1950.

Zuleta, Eduardo, "Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés". Rep. Hist. Acad. Ant. de Historia, Medellín, 1936.